

EL ESPACIO DE LA ENCICLOPEDIA EN LA LITERATURA LATINA

THE PLACE OF THE ENCYCLOPEDIA IN LATIN LITERATURE

Ana MOURE CASAS*

En varios libros de la *Historia Natural* trata Plinio de las mismas cuestiones de las que ya se habían ocupado algunos autores griegos y romanos en obras de distintos géneros, de Botánica y de Agricultura. La comparación de todos estos textos a la hora de abordar temas concretos —el lino, la higuera— o más generales —la contemplación de la Naturaleza— permite observar cómo la *Enciclopedia* logró un espacio temático propio.

Palabras clave: Literatura, Agricultura, Enciclopedia, Naturaleza, paradoja, moralización.

In several books of his *Natural History*, Pliny discusses the same questions previously dealt with by some Greek and Roman authors in works of different genres, such as Botany and Agriculture. A comparison of specific subjects in all these texts —flax, the fig tree— or more generally, the contemplation of nature, allows us to see how the Encyclopedia earned its own thematic place in Latin literature.

Keywords: Literature, Agriculture, Encyclopedia, Nature, paradox, moralization.

* Facultad de Filología. Universidad Complutense de Madrid.

Correspondencia: Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Filología. 28040 Madrid. España.

e-mail: amicis@filol.ucm.es

1.

En el Prefacio de la *Historia Natural* afirma Plinio que su obra era el resultado de un proyecto nuevo que le había obligado a andar por un camino que no se había transitado antes. Había reunido en ella todo lo que, según los autores griegos, pertenecía a la *Encyclios paideia*, añadiendo lo que no se sabía, lo dudoso y lo muy trillado. En suma, su proyecto consistía en describir la *naturaleza, o sea la vida* (*Praef.* 1,12–14) ofreciendo al lector una obra en curso de realización o sin punto final, según sus palabras. La bibliografía posterior ha estudiado y discutido, desde el análisis interno de su gigantesca obra, hasta dónde puede afirmarse que Plinio haya construido una verdadera Enciclopedia y en qué medida pudo ser deudor de la tradición enciclopédica griega y romana, cuestión difícil esta última, al haberse perdido las enciclopedias anteriores con la que pudiera ser comparada (*cfr.* Della Corte, 1946/90, Serbat, 1995 y V. Naas, 2002).

El objetivo de este trabajo es señalar cómo la Enciclopedia, aceptando que constituyó un nuevo género del que sólo sobrevivió la *Historia Natural*, logró desarrollar unas características y un espacio propio, con relación a otras obras, las de Agronomía, muy similares a la Enciclopedia de Plinio en las muy amplias secciones en que coinciden en el tratamiento del mismo tema. Esta comparación se justifica, además, por razón de que la Agronomía latina antigua, formada por una serie de obras que se escalonan durante más de seis siglos desde el s. III a.C., constituye un género en el sentido de mantener unas características comunes y, de otra parte, Plinio escribe concretamente ocho libros de su *Historia Natural*, del XII al XIX ambos inclusive, sobre las plantas y sus productos derivados, dentro de la tradición agronómica, reivindicando en todo momento la figura de Catón como el precursor y citando en muchas ocasiones a Varrón y en otras —menos— a su coetáneo Columela. Y, sin duda, aprovechando muchas lecturas de Teofrasto. Por lo tanto, los puntos de separación o divergencias de Plinio frente al conjunto de las obras agronómicas nos pueden dar una idea de cómo Plinio encontró un espacio propio para su Enciclopedia cuando se ocupaba de los mismos temas que los escritores *De re rustica* y caminaba

entonces no por caminos nuevos, al menos en principio, sino por otros muy trillados.

2.

Uno de los ejemplos de esa comunidad de intereses lo constituye el tratamiento de la planta de la que se obtiene el lino. Las referencias más antiguas conservadas se hallan en la obra de Catón. Son muy escuetas: apenas en una línea menciona el lino, como ejemplo de un producto que se siembra apretado (48,2;151,3). Tampoco Varrón en el *De Re Rustica* se ocupa del lino, limitándose a citarlo en unas pocas líneas dentro de una relación de vegetales que sirven para hacer utensilios para la agricultura o ganadería (I 22,23). Con la misma brevedad, recomienda que se siembre en tierra rica (I 23) y cita el uso de la linaza para las aves (III 9).

En Columela, por primera vez en la literatura agronómica, el lino es objeto de una atención específica, aunque no ocupa más de unas quince líneas en una edición actual. Indica que es grato para el hombre (II 7,1), pero su primera advertencia —igual que la de Virgilio (*Georgicae* I 77) —, es que no debe sembrarse, porque es especialmente dañino para el campo, salvo si se prevé que pueda dar mucha ganancia o si se poseen tierras ricas y húmedas (II 10,17). Ofrece la fecha de la siembra y la cantidad de semilla necesaria para que salga apretado y fino, señala las obradas que precisa (II 12, 5) y hace referencias, muy de pasada, a objetos imprescindibles hechos de lino, como el propio hilo de atar, los trapos o los filtros y coladores que probablemente la gente comprase (XII 36,1; 38,6; 38,7; 46,5).

En las obras de Teofrasto hay menciones al lino, pero sin una consideración específica ni a la planta ni a sus utilidades (así, en *De Historia Plantarum* III 18,3; IX 12,5; 18,6). Para Plinio, en estos libros, Teofrasto es su fuente primera y de mayor autoridad, pero, en realidad, lo que comparte con él y con los autores latinos de Agronomía, es muy poco. No se conocen otros precedentes de los textos de Plinio sobre el lino aparte de estos que acabamos de citar siguiendo el aparato literario y los comentarios de las grandes ediciones y nuestras propias pesquisas. Siglos después, Paladio retoma lo dicho por Columela sobre la siembra

del lino (III 22 y XI 2 en unas ocho líneas) aparte de algunas menciones muy de pasada. Su breve referencia al lino es una muestra de que las obras de Agricultura se comportaban como monografías que obedecían a una tradición propia, en las que se consideraba importante lo que tenía que ver con el desarrollo del producto en la tierra, su capacidad de alimentación y, a lo sumo, se mencionaba su utilidad en lo que podía revertir en la *villa* —objetos, aplicaciones en la cocina, veterinaria y medicina—. Pero no hay huella de ninguna de las otras informaciones que ofrecía Plinio sobre esta planta.

Sin duda, sin el relato extenso de Plinio difícilmente hubiéramos podido imaginar el mundo económico e industrial que había en Roma en torno al lino, porque Plinio, en las páginas que le dedica, casi ocho en la edición de Teubner, ofrece la descripción más completa en la literatura latina del proceso de preparación del lino y de sus aplicaciones.

En primer lugar, Plinio lo sitúa al comienzo del libro XIX, lo cual es una manera de señalarlo como el tema estrella del libro (Serbat, 1995: 87,105). Por lo que respecta al desarrollo del contenido, el capítulo comienza planteando la cuestión de la naturaleza de la planta, caracterizada precisamente por no ser ni cereal ni hortícola —ese debió de ser el motivo que llevó a excluirlo a los escritores de Agronomía— y también por ser imprescindible para mejorar la vida del hombre, en la que *no hay lugar ni momento en que no esté presente* (XIX 2) y sus comunicaciones, como demostraba su uso para hacer las velas de los barcos y acortar los viajes. Así se abre el preámbulo de este libro que, aunque tenga concesiones a la retórica, también responde a la finalidad de hablar de todo aquello que significaba describir la vida, uno de los objetivos que Plinio había señalado en la introducción de su obra —*Praef.* 13—. A continuación, pasa a establecer clases y subclases, una preocupación siempre presente en su espíritu de naturalista, mencionando una por una las diecisiete mejores clases de lino y sus lugares de procedencia. Sigue un pasaje sobre el proceso de preparación desde que se arranca hasta que se hila, sus aplicaciones en el vestido de los romanos y de los pueblos remotos, en la fabricación de las redes de caza y pesca. Una breve sección sobre el denominado “lino asbéstino” que no arde y, después, otra sobre el tinte del lino dan paso a una pri-

mera digresión sobre las utilizaciones del lino teñido para confeccionar las primeras banderas de los barcos y, a continuación, a otra digresión, más extensa, donde se ocupa de la historia de los toldos, un uso más de las velas de las naves para el entoldamiento de lugares sagrados, del Foro, las calles y teatros romanos, sobre los que se desplazaban mediante cables para proteger a la gente del sol, pintados incluso en época de Nerón o sea en la misma época de Plinio.

Así, el autor subrayaba la importancia del lino en la vida de Roma y en la historia, al recordar, en una nota final, que el lino ya había constituido una de las primeras armaduras, como lo atestiguaba su uso por algunos combatientes en la guerra de Troya o una coraza del rey Amasis de Egipto, que todavía se guardaba en los museos.

La sucesión de los motivos tratados a lo largo de la descripción del lino no puede decirse que responda a un modelo de estructuración ordenada de un contenido. Al contrario, la asociación de ideas, que funciona como una cuña para dar entrada a las digresiones, puede convertirse en un criterio preferente para introducir un nuevo tema, incluso causando una ruptura en la narración, como ocurre en el capítulo dedicado a las clases de lino, que comienza con una mención a su siembra antes de la descripción de las clases, de tal modo que en el capítulo siguiente, aunque, según indica el título, va a tratar de la siembra y la preparación del lino, ya sólo puede describir su preparación tras la cosecha sin mencionar la siembra, de la que ya había hablado.

Sin embargo, aunque no es un modelo de orden, lo es de originalidad. El lino, como se ha visto, había merecido muy poca consideración entre los escritores de Agronomía. Tampoco se habían ocupado del cáñamo, de la saponaria o del importantísimo esparto, en el que tan rica era Hispania. Pese a ser las plantas industriales por excelencia, que proporcionaban riqueza y utilidad, resultaban sobrantes en las obras agronómicas por el mero hecho de no estar destinadas de forma primordial a la alimentación. Y, a su vez, productos silvestres utilizados para el consumo humano, incluso considerados exquisiteces ya entonces, como la trufa de campo y el laserpicio auténtico, estaban también desterrados de las obras de Agricultura por un motivo diferente, como el de no ser obtenidos por cultivo.

Así, por un exceso metodológico de las obras de Agronomía, se creaba un vacío que constituía un espacio para la obra de Plinio, cuya Enciclopedia, no se basaba sólo en juntar saberes preexistentes, sino también en añadir otros nuevos a los antiguos. Sus aportaciones no consistían, en este caso, en abrir un nuevo tema de contenido diferente, para desarrollarlo en un libro o en varios, sino en advertir las ausencias de la bibliografía anterior, añadiendo aspectos que habían sido silenciados. De esta forma, la Enciclopedia de Plinio, en sus libros sobre las plantas, podía presentarse como una obra más completa en la materia, por su mayor amplitud temática.

Por lo que sabemos, no es solo una novedad de Plinio para el lector actual. A la luz de la literatura técnica más parecida en el mundo romano, ya lo era en la época, y Plinio, consciente de ello, reivindica esta novedad (XIX 1–2) frente a sus predecesores, a los que, sin citarlos por sus nombres, les reprocha haber omitido muchas especies espontáneas así como otras, cultivadas, que proporcionaban grandes ganancias por su utilidad.

3.

Otro ejemplo de novedad en la Enciclopedia de Plinio lo constituye el tratamiento de la higuera. En efecto, el lino junto con las demás plantas textiles y con varios productos y plantas silvestres ocupan los primeros cuarenta y ocho epígrafes del libro XIX llenando el hueco que habían dejado obras similares, dedicadas, igual que esta parte de la *Historia Natural*, a la producción de los campos, como eran los tratados de Agricultura. En cambio, la higuera representa el ejemplo opuesto, por ser objeto de la máxima atención en todas las obras de Agricultura, como corresponde a un árbol cuyo fruto, gracias a procedimientos de conserva, incluso sencillos, podía ser consumido durante casi todo el año. Su cultivo había sido objeto de tanta observación que había dado lugar a idear y describir un procedimiento tan ingenioso como el de la cabrahigadura, logrando con ello y con las importaciones de frutos más selectos, un producto de consumo extendido a todas las clases sociales, preferentemente las populares (De Angelis, 1995: 55–68).

Entre los precedentes que se hallan en las obras de Agricultura sobre el cultivo de la higuera, Catón cita ya (8,1) seis clases a propósito de realizar una buena selección de los lugares propios para su plantación. Habla en otros pasajes de su injerto (42), de las formas de conservar los higos (94 y 99) y de la poda (50). El resto son menciones, no específicas, relativas a la siembra, al acodo y a su uso como alimento (27–28, 40–41, 51, 143). Algunas de ellas muestran la importancia concedida a la higuera en la alimentación desde época antigua, como la correspondiente a la cantidad de pan que había de darse a los esclavos encadenados, reducida considerablemente al comienzo de la temporada de los higos, porque compensaban la ración (56) y, en la misma línea, la reserva de higos pasos que se recomendaba tener guardados por previsión (99).

Los sucesores de Catón recorrieron un camino similar ofreciendo referencias técnicas, organizadas de diferentes maneras, sobre el terreno, la plantación, injerto, poda, fructificación, obtención temprana o tardía de los frutos, y conservación y cuidados de estos y del propio árbol, aparte de señalar sus indicaciones y contraindicaciones medicinales. La enumeración de las distintas clases de higueras e higos, que no llega a más de siete, surge secundariamente, como consecuencia de la descripción de alguna etapa o forma del cultivo. Así, por ejemplo, Varrón menciona (I 6,4; 9,5) la tierra apropiada para los higos *mariscas*, cita las higueras de lugares lejanos, procedentes de Quíos, la Calcídica, Lidia, las africanas y “otras de ultramar”, cuyos frutos llegaron primeramente a Italia permitiendo la obtención del árbol. Todavía se puede rastrear (I 67), una mención a la higuera sabina. Otras referencias se refieren al injerto (I 39), al trasplante (I 41,1) o son menciones de pasada, relacionadas algunas con la elaboración de la miel (III 16,24–28), sin que haya un detenimiento en una cuestión tan importante como la de la cabrahigadura.

Posteriormente Columela se ocupó también del cultivo de la higuera, de su plantación, del injerto en su obra agronómica amplia (III 21,11; v 11, 9–11 y 13–15) y en su libro *De Arboribus* 21,27). También trató, entre otras cuestiones, de las utilidades de la higuera —de sus ramas, su ceniza y de algunos de sus frutos para alimento de las abejas y los

cerdos— en los libros VII y IX y, con mayor detenimiento, de sus frutos (XII 15; 17). Al inicio de su tratado de Agricultura, un lugar adecuado para exponer los principios metodológicos de su obra (*Praef.* 27), afirma que establecer las distintas clases de higueras no era la ocupación primordial del agricultor. Sin embargo, más adelante cita el nombre de diez variedades (V 10, 9–10), que nuevamente vuelve a mencionar en X 414 con algunos cambios y adiciones, en una reiteración debida a la propia estructura de la obra de Columela al recoger en su libro en verso parte de lo dicho en los de prosa. Pero, en todo caso, los nombres de estas variedades se presentan no por su interés de citarlas, sino a propósito de la selección de los productos que deben ser plantados. Todavía al final del imperio, Paladio, en la línea trazada siglos antes por Columela, renuncia a dar una serie completa de clases de higueras “porque sería interminable”, pero ofrece una descripción más completa desde el punto de vista agronómico (IV 10, 23–36) desde su plantación, incluyendo la cabrahigadura, hasta la conservación de los frutos.

La gran aportación al conocimiento de la higuera en el mundo antiguo se debe a Teofrasto. Sus referencias a la descripción formal del árbol se encuentran especialmente en el libro primero de su *Historia de las Plantas*, desde las raíces (I 3,1,5) a las demás partes, a lo largo de los capítulos 5–11, 12 y 14 del mismo libro, incluyendo anotaciones sobre el sabor de los higos, la exudación del árbol y otras referencias dispersas, llegando al detalle de hablar del humo de su madera al arder, cuando se ocupaba de la calidad de esta (V 3,3; 6,1; 9,5–6). Con respecto a su texto es fácil observar cómo los escritores romanos se interesaron más por recoger y aprovechar sus indicaciones de aplicación práctica a la agricultura. Entre ellas, escogieron las formas de reproducción comunes y extraordinarias (*Hist. Plant.* II, caps. 1–8), la producción de higos (III, cap. 5–7,17), la longevidad de las especies, las enfermedades causadas por plagas y podas (IV, caps.13–16).

Plinio se ocupa de los higos y la higuera en el libro XV 68–83, en un pasaje muy extenso en el que se plantean grandes diferencias con sus precedentes desde el mismo inicio. Mientras en la literatura anterior de materia botánica —Teofrasto— y agronómica —Catón, Varrón, Columela— se parte del producto y, a propósito de alguna de las fases de su

cultivo, se ofrece una relación sucinta de los nombres de las diferentes variedades, el enfoque o punto de partida de Plinio es el opuesto, ya que parte del nombre de cada variedad y de su explicación etimológica para pasar a considerar solo algunos aspectos someros del producto, deteniéndose en su llegada o en su descripción en la medida en que se ajusta al nombre o incluso sólo atendiendo al nombre. De este modo, Plinio, fiel a su vocación de gramático y a su gusto por la enumeración y clasificación, lo primero que anuncia son las “Veintinueve clases de higos” conocidas por él, ofreciendo un primer criterio de clasificación basado en su denominación de origen: de lugares exóticos —probablemente objeto de conocimiento libresco, pero no de consumo en Roma, a juzgar por el inicio del epígrafe siguiente “A nosotros nos llegan”—. Siguen los procedentes de Asia Menor, cuya ruta de llegada describe Plinio a través de las islas de Quíos y de Eubea, cercana ya a la costa griega oriental. Luego, los de Africa (69–70), los de la isla de Rodas, hasta llegar ya en Italia a los higos tiburtinos. En los párrafos siguientes (70–72) aparecen otros criterios de clasificación: por el nombre de la persona que logró obtenerlos, por el color y la forma, y por la época de maduración. Además, cita los corrientes o *populares* y los muy especiales por su conservación anual en la higuera, típicos de Mesia, con una advertencia al lector de que esta relación, mucho más amplia que la ofrecida por Catón, era prueba del progreso de los tiempos y no constituía una lista cerrada.

La mención de Catón, por asociación de ideas, sirve a Plinio para engarzar con el pasaje siguiente, titulado “Relatos sobre los higos”. El primero de ellos se refiere a la intervención Catón en una sesión del Senado llevando un higo precoz, de los llamados africanos, con el que convenció definitivamente a los senadores de la necesidad de destruir Cartago, pues, como demostraba aquel higo llegado a sus manos todavía fresco, estaba demasiado cerca de Roma, lo que llevó a emprender de inmediato la guerra. Plinio describe ese momento (74–75) con elementos narrativos propios de un relato, presentando en primer lugar el estado anímico del protagonista —*perniciāli odio Carthaginis flagrans nepotumque securitatis anxius*— que, después de insistir en la necesidad de destruir Cartago, “un buen día” *quodam die* se presentó

en el Senado. Y Plinio reproduce seguidamente en estilo directo, lo cual es una rareza en la *Historia Natural*, las palabras textuales con las que Catón se dirigió en primera persona a los senadores, palabras que muchos en Roma conocerían y que atestiguaban este relato dándole la categoría de una anécdota histórica: *Interrogo vos, inquit, quando hanc pomum demptam putetis ex arbore. Cum inter omnes recentem ese constaret: Atqui tertium, inquit, ante diem scitote decerptam Carthagine. Tam prope a moeris habemus hostem!* Por último, la narración concluye en final abrupto, con la destrucción de Cartago y la desaparición anticipada del protagonista: *Statimque sumptum est Punicum tertium bellum, quo Carthago deleta est, quamquam Catone anno sequente rapto.*

Los relatos siguientes, de tipo documental, se refieren a las higueras sagradas a las que se daba culto en Roma: la llamada *Ruminal*, plantada en conmemoración de aquella otra higuera a cuya sombra la loba Capitolina había ofrecido su ubre, *ruma*, a Rómulo y Remo, los fundadores del Imperio. Y otras higueras sagradas, entre ellas, la higuera “refundacional”, nacida espontáneamente donde Curcio se había arrojado al lago restableciendo los cimientos del Imperio.

La anécdota de Catón aparece, con diferencias de forma y de contenido, en la biografía de Plutarco, *Cat.* 27. De las higueras sagradas, las referencias que se hallan en autores anteriores y coetáneos de Plinio son muy numerosas —en el aparato literario de la gran edición de Jan-Mayhoff, *ad l.* se citan los Fastos de Ovidio, Varrón, Festo, Plutarco y, sobre todo, Livio; posteriormente, Tácito y Valerio Máximo—. Ahora bien, si se tiene en cuenta que Varrón (*De Re Rustica* II 11, 5) se limita a mencionar muy escuetamente la etimología de *Ruminal*, la higuera plantada junto al templo de Rumina, retomando su información etimológica de su obra *De Lingua Latina* (V 5), puede concluirse que ninguna referencia similar se halla en los tratadistas de Agronomía, en cuyas obras técnicas no se aceptaban estas largas digresiones de tipo histórico, anticuario y cultural que Plinio acogía, en cambio, en su obra enciclopédica.

A continuación, Plinio se ocupa en un capítulo extenso de la fertilización de la higuera cultivada por la higuera loca, la cabrahigadura,

un procedimiento siempre sorprendente, aunque conocido en diversas culturas, que requirió gran capacidad de observación y de ingenio por parte del ser humano para advertir la colaboración de los insectos en el proceso. Curiosamente los escritores de Agricultura romanos, o bien por una razón de exceso metodológico basada en que el cabrahígo era planta silvestre o por otras causas, no ofrecen un tratamiento de la cabrahigadura, debiendo llegarse en primer lugar a Plinio o, siglos después, a Paladio, para encontrar una descripción detallada en latín. Su precedente señero en la literatura griega es Teofrasto (*De Causis Plantarum* I 18,4; II 5–7; *Hist. Plant.* II 8,1–4 el autor más admirado por Plinio en estos libros. Pero el hecho de que Plinio dedique tanto espacio a la cuestión no se debe sólo a la autoridad de la fuente, sino también a que enfocaba su Enciclopedia, como en el caso del lino, a tratar de lo no tratado, rellenando otra vez el hueco dejado en los escritos de Agronomía.

El texto concluye con la enumeración de algunas formas de conservar los higos y con un relato pseudoprodigioso, situado al final del pasaje, tal como suelen aparecer en la *Historia Natural*: el vendedor que pregonaba a gritos los higos de Cáunea y fue malinterpretado por creer que pronunciaba un presagio. En todo caso, a lo largo de todas estas páginas, Plinio no ofrece ni una sola palabra, aparte de la cabrahigadura, sobre el cultivo de la higuera. De hecho, el lector no podía saber nada de la plantación, del injerto, de los posibles tratamientos del suelo y del propio árbol para su productividad. Estas informaciones había de hallarlas, como se ha visto, en los libros sobre Agricultura.

4.

Un último aspecto que merece examinarse es la actitud que adoptan los escritores *De Re Rustica* y Plinio ante la Naturaleza, el elemento que resulta ser fundamental en la obra de todos ellos, contemplado en los dos aspectos interdependientes del cielo y de la tierra. En todos ellos el conocimiento de las constelaciones desemboca en la confección de un calendario agrícola, como se halla en Varrón, en Columela, en el libro XVIII de la *Historia Natural* de Plinio y, por supuesto, en Paladio, donde funciona como el eje estructurador de su obra, con advertencias

siempre sobre la necesidad de aplicar la experiencia humana para compensar la inexactitud entre las constelaciones y las correspondientes tareas del campo. Como escritor y como teórico, el autor de obras de Agricultura suele expresar el temor de que la tierra no produzca lo suficiente para el sustento. De ahí, sus recomendaciones sobre la necesidad de conocer los tiempos de producción y de descanso para que siga dando alimento, y, por la misma razón, el tratar de saber cómo obtener más beneficio, que no siempre se logra cultivando más sino mejor —Varrón— o bien organizando debidamente el trabajo —Columela— (Martin, 1971). De ahí también derivan los lamentos o recriminaciones por el descuido de las tierras o el desconocimiento de las técnicas agrícolas —un tópico que aparece con mayor frecuencia en estas obras—. Además, el autor de las obras *De re rustica* no se conforma con una posición teórica, sino que en algún momento de su obra pasa a la primera persona, para declarar cuál es su aportación concreta a una forma de cultivo por su experiencia personal. A su modo, tratan de modificar la naturaleza y no solo de contemplarla o describirla.

Plinio reflexiona sobre la Naturaleza, que se propone describir y analizar, no sólo en los libros dedicados a las plantas y a su cultivo sino, como es obvio, a lo largo de toda su obra, en la que suele aparecer reiteradamente la idea de que el hombre tiene el deber de conocer la Naturaleza mediante la observación y el estudio —así, por ejemplo, en II 160—. Cuando el hombre se enfrenta a conocerla, lo que se encuentra es la *maiestas Naturae*, que le sobrecoge y, al tiempo, le hace darse cuenta de que de ahí se obtienen importantes enseñanzas de vida, más concretamente de moral de vida, como es el hecho de comprender que en la Naturaleza todo es importante, incluso los seres minúsculos y, en cambio, los mortales más engreídos y carentes del sentido de la austeridad, son los que se ponen en riesgo por no conocerla ni respetar sus valores, pagando un alto precio por su codicia. Así se da paso a la paradoja moralizante, que es una forma habitual de expresión del pensamiento de Plinio, como aparece en el capítulo antes comentado, dedicado al lino (XIX 1,4; también en otros pasajes de su obra, como en II 154–158; IX 4,106). En doble paradoja subraya cómo una hierba endeble, dañina para el campo y sometida, después de arrancada, a un

duro proceso por la mano del hombre, unida a la codicia humana, es capaz de conseguir el alto logro de que se acorten los viajes por mar y de que exista el comercio, pero lo hace a costa de que el hombre pueda morir sin sepultura. Otra paradoja sirve para cerrar el episodio, también citado, de Catón en el Senado, que concluye con la reflexión paradójica de que un solo fruto, un simple higo africano, había logrado el inicio de la Tercera Guerra Púnica, algo que no habían conseguido ni las victorias de Cartago sobre Roma ni siquiera el propio Aníbal cabalgando junto a la puerta Colina (xv 76).

5.

En suma, Plinio escribió mucho sobre la misma materia que los escritores de Agronomía, pero con una perspectiva diferente incluso cuando trataba de los mismos aspectos. Plinio ama las enumeraciones, colecciona los nombres de las distintas clases y subclases de una planta o un producto, más que cualquier escritor de Agronomía, prestando, como observador en primer lugar y luego como erudito y naturalista, una atención especial a la clasificación, lo cual, a lo que sabemos, es una característica propia del autor, obviando, en cambio, otros puntos, como la descripción ordenada de los cultivos y sobre todo la aportación de experiencia personal a su mejora.

Además, dejando que en su *Historia Natural* tuviesen cabida cuestiones varias, de índole cultural y no estrictamente agrícola, se preocupa por situar el



Portada de una edición de 1669 de la *Naturalis Historia*.

producto en los acontecimientos de la historia humana, subrayando el papel institucional, político o simbólico que podía tener un fruto. Trata, en definitiva, de mostrar la relación de la Naturaleza con el hombre, su historia, sus creencias y sus anécdotas. Esta visión enciclopédica le lleva también a detenerse en los productos silenciados y no visibles en estudios similares o, como mínimo, en los aspectos que estos habían pasado por alto. En estos huecos y con ese nuevo enfoque es donde su Enciclopedia encontraba un espacio propio.

Juzgando los hechos desde la única Enciclopedia conservada, se observa que esta, frente a las monografías de Agronomía, ofrece un gran ensanchamiento del campo de estudio, al dar cabida a la descripción extensa de productos silvestres, de otros cultivados sin destino a la alimentación e incluso de los que ya habían desaparecido o sólo se conocían por el comercio o por noticias librescas, aparte de una notable introducción de elementos culturales de todo tipo. Esta diferencia de temas es una de las características que las separa. Cuando las obras de Agronomía y la Enciclopedia trataban de un mismo producto, la mirada del enciclopedista se enfoca a la teoría más que a la práctica de cultivo. Eso le lleva a fijarse en el producto y en las clases entonces conocidas, en su aclimatación y en sus nombres, que le permiten trazar desde su etimología una historia de la procedencia de planta o le proporcionan algún dato de utilidad sobre su interacción cultural con el hombre. Para un agrónomo, en cambio, poco interés tenía, aparte de una exhibición de erudición, enumerar las diecisiete clases de lino o las veintinueve de higos, cuando el cultivo apenas era diferente.

Bibliografía

DE ANGELIS Alberto (1995) *La coltivazione delle piante da frutto nella Letteratura Agronomica Latina*, Roma, Herder.

DELLA CORTE Francesco (1990 = 1946) *Enciclopedisti latini*, Génova, Tilgher. ID. (1978) “Il debito di Plinio verso Varrone” en *Varron. Grammaire antique et Stylistique latine*, París, Un. Sorbonne.

GARCÍA ARMENDÁRIZ José I. (2004) *Columela, Libro de los árboles. La labranza I–V*, Madrid, Gredos.

GOUJARD, Raoul (1975) *Caton. De l'Agriculture*, París, Les Belles Lettres.

JAN, Ludwig – MAYHOFF, Karl (1985 = 1892) *C. Plinius Secundus. Naturalis Historia*, Stuttgart, Teubner.

MARTIN, René (1971) *Recherches sur les agronomes latins et leurs conceptions économiques et sociales*, París, Les Belles Lettres.

NAAS, Valérie (2002) *Le projet encyclopédique de Pline l'Ancien*, Roma, École française.

RICHTER, Will (1981–1983) *L.I.M. Columella*, Múnich, Artemis Verlag.

SERBAT, Guy (1995) «Introducción General», en *Plinio el Viejo. Historia Natural, libros I–II*, Madrid, Gredos.

TRAGLIA, Antonio (1979 = 1974) *M. T. Varrone. Opere*, Turín, UTET.